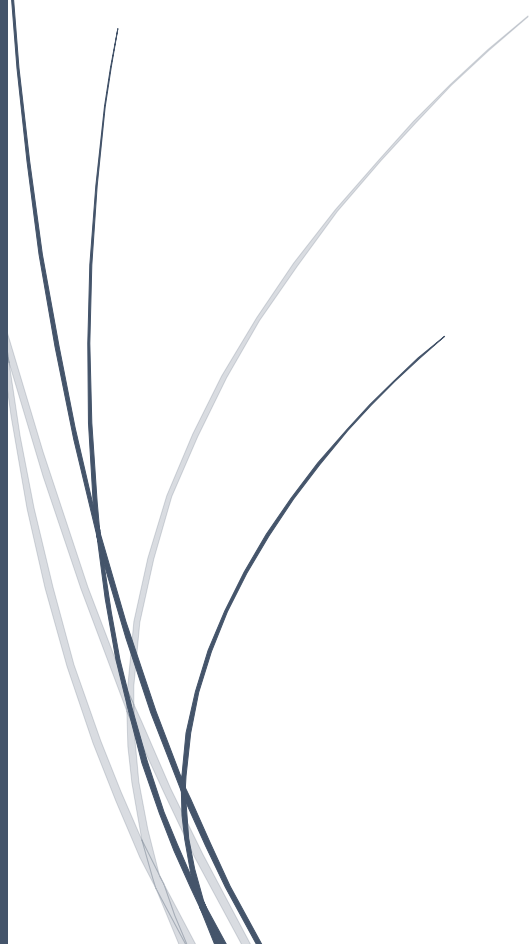


PARTICIPANTE: RELATO SOBRE  
BUJALANCE 3

TÍTULO: Corazón y Garganta

SEUDÓNIMO: Jana Niebla

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



# CORAZÓN Y GARGANTA

15 de mayo. Hoy es su santo. Menos mal que este año ha caído en domingo, y con tanta fiesta y jaleo nadie se acuerda de felicitarla; así se ahorra el fastidio de las sonrisas y las gracias, y pensando a la vez a quién cara... coles se le ocurrió ponerle Isidra, cagiëndiez, Isidra, que para un hombre tiene un pase y hasta evoca mozos de buenos muslos, pero una mujer, ay Dios, una mujer Isidra... Y que en aquella época te lo llamaban con todas sus letras, Isidra la de la Zarzuela. Y encima van y se lo ponen a la nieta del hermano, igual pensaban que la iba a nombrar heredera universal. Cuando se enteró ya era tarde para protestar, aunque sí que protestó, y bien vehemente, que las caras del hermano y la cuñada eran para retratarlas. Menos mal que la chiquilla lo sobrelleva bien, Isi para todo el mundo, que con los nombres que se llevan hoy día, tiene hasta un saborcillo antiguo, Isabel, reinas autócratas, mujeres que no necesitaron un hombre para medrar, ni para apoyarse en él ni para aprovecharse.

Y ahora, los cohetes. La madre que los parió, mira el pobrecito Perico, ya está con el rabillo entre las patas y no sabe dónde meterse, animalito, pues claro, que te lleguen a ti esos bombazos del cielo y nadie pueda explicarte qué diablos pasa, a ver cómo te pones. Y otro, y otro. Ven aquí, bonito, ven, guapo, ea, ea, tranquilo, que aquí está tu Isidra y no te pasa nada, ¿no me ves a mí, más serena que agua de pozo?

Isidra sigue acariciando la cabeza del perro y recuerda los miedos de aquellos otros, cuando vivían en el cortijo. Eran viejos tiempos en los que a nadie le importaba los lamentos de los pobres animalitos. Los cohetes anunciaban la fiesta, hormigueaban sus pies que querían bailar hasta que las ampollas no la dejaran moverse, y las palmas de las manos, olé y olé, y no tiene novio, *En el corazón tenía la espina de una pasión, logré arrancármela un día, ya no siento el corazón...* Almidón para atiesar el cancán del vestido de faralaes (faralaes, del morisco farah, feria, farra), el clavel más rojo

para su pelo, el lunar que se pintaba sobre el labio aunque le dijeran casquivana y que así no iba a encontrar un novio de verdad, que las que ponen ojitos son las que luego se quedan para vestir santos, y eso lo decían sus hermanos que iban todos como perros en celo detrás de las más coquetas.

San Isidro Labrador, qué romería, para vivir por él los otros 364 días del año, uno a uno. Isidra se levantaba muy temprano, llenaba la tina con agua que iba calentando toda la noche en la chimenea de la matanza, y se lavaba de arriba abajo, menos el pelo, limpio ya del día anterior para que las peinetas no resbalaran en la sedosa cabellera, negra como ala de golondrina. Luego, el cancán bien ceñido a la cintura, y encima el vestido cosido por ella en las veladas de invierno. Impensable pedirle a la madre que le pintara un lunar en la espalda, pero la casera se lo hacía a cambio de que le leyera el folletín de diez céntimos la semana.

A Isidra le gustaba recogerse el pelo en un moño bajo a un lado, para dejar la curva de la nuca descubierta; había oído a sus hermanos hablar de esos pelillos rebeldes que se estremecían al roce del aliento y los ponían burros, e Isidra, criada entre animales, se sentía dominada por ese instinto atávico de la hembra que disfruta poniendo burros a los machos que la rodean. A eso, en el universo paralelo de los libros, se le llama coquetería.

Qué años aquellos; Isidra no trabajó el campo porque su madre no quiso, y la puso a bordar con las monjas, para esclavos ya tenemos a los otros, la niña no me sale del..., bien guapa que es y dispuesta, que a limpiar no me gana y en la cocina tiene arte, mira qué salmorejo nos hizo ayer, y nadie saca las madalenas tan esponjosas como ella, ahora la ponemos a bordar y verás cómo se quita la pobre mía de tanto achicharrarse los sesos segando en julio, y helarse los dedos cogiendo del suelo estas aceitunas que si hay muchas pagan poco porque bajan los precios, y si pocas, mala cosecha y qué te voy a pagar, padre mío, no ves que no sacamos ni pa los jornales, si las cogemos por haceros un favor y no dejaros en la miseria este invierno, que tós tenemos que comer y no le hago yo eso a mis paisanos pero ya ves, voy a tener pérdidas... Mal fin tengan estos señoritos malafollá, qué pena de país y de los pobres, si no se hubieran ido a Rusia con el rabo entre las piernas otro gallo nos cantarí, pero siempre ganan los mismos, los ricos a comer y los pobres a ser comidos...

El runrún de la charla de la madre arrullaba sus cavilaciones. Algo quedaría dentro, pero más que nada, se dice Isidra, la enseñó a pensar por sí sola. La madre no quería para ella el vasallaje del campo, pero le preparaba otra servidumbre mucho peor, la del matrimonio. ¿Casarme yo? ¡Venga ya, hombre! Una barriga por año y sirvienta de un montón de mocosos y de un hombre que huele a estiércol, a vino y a tabaco, y que se va a echar sobre mí cuando le salga de los... gayumbos, jajá, prefiero un amo mejor que un marido, que yo veo muchas cosas y no todas tienen la suerte de mi madre que dio con un malva y a pesar de eso mírala, ocho hijos y la única hembra va y le sale respondona.

Isidra aprendió a bordar, pero aprendió muchas más cosas con sor Estrella, la monja sí que sabía de todo aunque nunca hablara de nada, pero con ella sí que hablaba porque esto de la química es así, conoces a una persona y desde el primer momento los átomos se buscan, se atraen, y sabes que puedes hablar con ella de lo divino y lo diabólico. Isidra aprendió a leer y no se quedó en Corín Tellado, y después sor Estrella la instó para que aprendiera fotografía, qué cosa tan rara, a santo de qué fotografía, pero es que no quedaba ni un fotógrafo en el pueblo, que para todo tenían que coger la catalana o el tren... de San Fernando, y tirar para Villa del Río, una jornada perdida, qué estropicio. Tú especialízate en carnes y en fotos artísticas, la niña desnudita en un cojín, la guapa de perfil oliendo una rosa, los novios –nada de ella con el monedero enorme en la mano, sentada, y él detrás, de pie, con la sonrisa postiza...-, los difuntos, ay Dios eso sí que daba miedo, cuando la llamaban para fotografiar a un muerto, pero qué macabra es la gente, cara...coles.

Cuando su hermano Diego se casó, Isidra se vino al pueblo a atender a la cuñada en el embarazo, y se quedó después para echar una mano en todo. Fueron los mejores años. La cuñada era de las que se reúnen con hermanos, primos y demás para hacer una carroza a escondidas, que nadie la viera hasta la mañana de la romería. ¡Cuántas cadenetas de papel de mil colores, y rosas que cosió Isidra con retales que le guardaba sor Estrella, cuántos girasoles, gavillas de trigo, aperos de labranza, la mesita cubierta por el mantoncillo bordado, las risas, las bromas, los rumores, que la carroza de los *choperos* me han dicho que también lleva girasoles y un rastrillo! Pero para qué vais a haceros mala sangre, ¿qué te

crees, que vamos a ganar? ¡Ganarán como siempre las de Acción Católica, que se llevan el premio aunque pongan tres farolillos y una garrafa de aceite! ¡Lo importante es divertirse y pasar un buen día, que San Isidro es el patrón de los agricultores y tenemos que honrarlo!

Sor Estrella le contaba que San Isidro había sido el primer laico casado y con un hijo que fue canonizado. Y que tanta devoción levantó en Madrid que antes de que la Iglesia lo llamara santo, ya hacía milagros y le rezaban los madrileños y todos los labradores porque su cuerpo incorrupto traía las lluvias. Isidra no se cree de la misa la mitad, pero le gusta saber que el patrón de los labradores estaba casado, basta ya de santos solterones, ni que la mujer fuera la sierpe del pecado, de qué van, si Dios hizo a la mujer sería por algo y si para procrear hace falta eso de lo que se habla en voz baja, bendito será, vamos, digo yo. Que lo estropean todo con tanta suciedad en las cabezas, vaya mandanga con los curas. Bueno, eso lo dice ahora, que de joven lo pensaba pero había que callar, que enseguida te señalaban con el dedo y entonces adiós a ganarse la vida como ella quería, con las fotos, que la gente es muy mala.

Como quien pasa las páginas de un álbum, Isidra recalca ahora en aquel mayo de sequía asfixiante, tierra roja de Córdoba, pasto amarillo. Salió bien temprano de casa, cargada de carretes. Las primeras a los bueyes mansos que esperaban ser uncidos al carro de aquel San Isidro tan bonito, tan querido... no había fotógrafos en el pueblo y demasiadas romerías para el 15 de mayo, así que se encontró que era la única. Isidra ven aquí, Isidra ahora a nosotros, toma una copita de vino, mujer, que un día es un día, te vas a quemar, mira cómo tienes los brazos, pues cualquiera se pone la rebeca, estoy bañaíta en sudor, mujer, dame unas horquillas que me recoja el pelo, cuándo iba a imaginarse ella este exitazo, a mediodía tuvo que regresar a la casa porque ya no le quedaban carretes, menos mal que tenía reserva.

Paco el madrileño la acercó a caballo y por el camino fueron charlando, que si tú vieras qué diferentes son estas fiestas en Madrid, madre mía, la luna y el sol, vamos, a ver si un año te vienes, de chulapa estarías guapísima, chiquilla, con la gracia que tienes para las sevillanas, imagina cómo sería bailar un chotis contigo, bien apretaditos, sobre un ladrillo... A punto estuvo Isidra de tirarlo del caballo, pero todo era de boquilla, si Paco era un cacho pan, y luego se vio con el tiempo, hace poco

oyó el chisme: dejó a su mujer y se fue a vivir con un panadero, si es que antes esas cosas no se podían confesar, antes asesino que marica, o gay como dicen ahora, que es lo mismo: un hombre al que le gustan los hombres y no las mujeres. ¿Y qué? Cada cual tiene derecho a elegir lo que quiera, ni que hicieran daño a nadie, el daño lo hacían cuando se casaban para disimular, ahora piensa que Paco le tiraba los tejos porque ya se rumoreaba que Isidra no quería casarse, él se diría: pues juntamos desgracias, o suertes, vete a saber, y callamos las bocas.

Y cuando trajo las fotos reveladas, las iba enseñando y venga a encargarle copias, ay Virgencita del Voto, pero si te vas a hacer de oro con las fotos, Isidrilla; llegaba los domingos al cortijo y echaba las monedas en la falda de su madre, como una lluvia, y la madre que se lo guardaba todo “esto para ti, hija mía, que si te casas te vendrá bien para el ajuar, y si no, te hará más falta que a nosotros...”; ya la madre iba dándose cuenta de que la hija no estaba por la labor.

Años y años que han ido pasando, y el San Isidro, el domingo más cercano al 15 de mayo sale de la Catedral de la Campiña para ir al Parque de Jesús, donde se hace la misa, y después a visitar a la Patrona de los bujalanceños, la Virgen Inmaculada del Voto, a saber qué se dirán, y por fin, caminito del Buitrón, bendición de los campos y a celebrar la romería. Vestidos de volantes, lunares y labios rojos, chalecos entallados, botas camperas, palmas, gambas, cerveza, queso y jamón, vinillo claro como la lluvia que crece los arroyos, caballos que yerguen los cuellos y caracolean más gitanos que Camarón, olé ahí, el rasgueo de las guitarras que cantan por no llorar como los campesinos, sol redondo y amarillo, y las niñas bonitas que zapatean, mírala cara a cara que es la primera, riá pitá, esos pinreles salerosos cómo los mueves, que haces música con ese taconeo, rosa de mayo, ole mi niña que parece una flor de primavera, ay, Isidra, Isidra, cómo lo echas de menos, ahora aquí sentada en el Frisko, rodeada de viejos y de críos, y todavía tu cuello se levanta como el de un purasangre, y te bailan los pies y la sonrisa.

Que no, que no se puede quedar quieta, si es que le pinchan los recuerdos como un rosal silvestre. Isidra deja a la mitad su tónica –menudo mejunje- y camina, mucho más despacio de lo que sus ojos llenos de luz quisieran, hacia la plaza. Se detiene frente a la casa del poeta, el enamorado fiel de Mari

Valle. Mario López, tan señor siempre, Isidra lo recuerda vestido de negro, figura característica en el paisaje de Bujalance que, como las fuentes, ya solo es recuerdo y un albor en el aire. Mario López, aquel hombre que amó la campiña de su Bujalance y le cantó, con garganta y corazón del sur, a su tierra y a sus amores:

*Vivimos... Desconozco la teoría  
de Einstein. Solo entiendo las violetas.  
Quiero decir las cosas que perduran  
efímeras tal un deseo bueno.  
Veo crecer a mis hijos. Hoy reían  
conmigo... Las violetas y su aroma  
son eternas también. ¿Por qué estar tristes?*

Sacándola de su nostalgia azul, se oye el jaleo. Voces que se aproximan, relinchos, palmas, cantos y burbujeos. Ya van llegando las carrozas de vuelta, cada año hay más, Isidra las ve venir por la calle *empedrá* y se apresura a buscar un buen sitio desde donde verlas entrar.

*Míralos cómo vienen, borrachos como cubas, qué vergüenza de juventud*, rezonga un vejete chinchoso. Isidra le dirige una media sonrisa irónica, ay, Baltasar, que parece que ya no te acuerdas de las curdas que pillabas tú, ahora están verdes ¿no?, por eso rabias.

No es el alcohol, compadre, es la juventud, la alegría, la ilusión, eso es lo que emborracha, que no solo de pan vive el hombre. ¿Por qué la gente ya no recuerda lo que fue, por qué olvidan al adolescente que fueron, al que engañaba en casa para no escandalizar o para ahorrarse una bronca, al que “pasaba” de darle un beso a la madre pero cuando soñaba que madre se moría, se despertaba con los huesos blandos como pan migado, con el pecho estrujado y la boca reseca? Se olvida la dependencia de los amigos, el miedo a ser diferentes, el amor desesperado y no correspondido de los quince años.

Pues Isidra no olvida, no quiere olvidar; por eso Isidra habla con un niño pequeño y lo escucha, y no le contesta “sí, guapo, sí”, sino que lo atiende, y se preocupa, y si viene un adulto a interrumpir, ella no deja al niño con la palabra en la boca, sino que le hace al adulto una señal de “espera, que

estamos hablando”. Y si charla con un viejo –aunque ya muchos viejos son (¡ay!) más jóvenes que ella-, también le dedica toda su atención y no perdona a quien, delante del viejo, habla de él como si fuera un mueble “es que se repite, no se acuerda de las cosas, está ya fatal el pobre”, como si el viejo, por serlo, fuera sordo, tonto e insensible. Isidra no quiere olvidar y eso a veces puede ser doloroso, pero es lo que da sentido a su vida.

Pasa su sobrina Isi, en lo alto de una carroza, y su sonrisa es limpia a pesar de la bruma rubia que pone en sus ojos el rebujito. Isidra no sabe que, para su sobrina, ella es un ídolo, la persona a la que ansía imitar porque su ejemplo de mujer rebelde e independiente es lo que la ha impulsado a cuestionarse cada “*toda la vida de Dios esto ha sido así y así seguirá*”. Isi ha estudiado Historia y se ha ido dando cuenta de que la Historia le cuenta lo que los hombres que la escribieron quieren contar, y la Historia la escriben los vencedores; los vencidos, si acaso, escriben novelas, es su derecho al pataleo. A Isi le gusta escuchar las historias del pueblo y de ese modo ha llegado a su tía, devorando anécdotas y comentarios –no todos generosos- en su casa y en la calle. Le daba risa, ahora pena y rabia, la definición que de Isidra le daban los viejos: “es todo un tío, tu tía”. Isi admira a la mujer por la que le pusieron su nombre, una mujer que no se detuvo amedrentada nunca, que cuando vio que solo con la fotografía y los bordados no iba a sacarse el jornal que ella necesitaba para ser independiente, se fue al campo sin que se le cayeran los anillos. En la aceituna vareaba como los hombres, que se le pusieron unos brazos tan torneados que daba gloria verla en mangas a la sisa; cuando empezaron a usarse tractores y maquinarias, se sacó el carnet sin hacer caso a los que decían eso de mujer al volante peligro constante, y demostró que podía llevar cualquier maquinaria tan bien como un hombre; de hecho, mejor, porque le habían enseñado desde pequeña –educación de niñas a las que preparan para ser mujeres y cuidadoras de todos- a hacer las cosas con atención, “vísteme despacio que tengo prisa”, y llegó un momento en que no daba abasto con su trabajo y podía elegir el tajo que le daba la gana.

Isidra no sospecha lo que representa su ejemplo para su sobrina nieta. Ojalá lo sepa algún día, para sentir que su vida ha sido algo más que solo una vida buena para ella, una vida de la que no se



arrepiante pero que a veces le parece infructuosa, porque le dijeron, mamá la idea de que la mujer debe vivir en la otredad, preocupándose de ser “el ángel” de los demás y quedando ella siempre en último lugar, si hay tiempo y cuando no haya nada mejor qué hacer. Las vecinas le dicen “si hubieras tenido hijos para cuidarte...”, como un reproche o una venganza, pero tener hijos para ser cuidada en la vejez le parece el colmo del egoísmo, lo mismo que eso de casarse para no estar sola... aparte de que no es ningún seguro contra la soledad, como si no anduviera al salto la de la guadaña para romper sin piedad lo mismo amores eternos que matrimonios de esos que solo se hablan para decir “echa p’allá”.

Isidra cruza la vista con la sobrina-nieta; Isi la está mirando con una sonrisa en los ojos que le hace erguirse sacudiendo tardíos remordimientos, y los años parecen resbalar de su rostro devolviéndole de pronto un resplandor que a Baltasar y a los viejos que la miran les hace evocar a aquella muchacha de aire decidido y risa clara, con la cámara fotográfica al cuello, que copaba los comadreos medio siglo atrás.

Isi salta de la carroza y se acerca a su tía tocando las palmas, y la Isidra, setenta y tantos años confesados, media melena salpicada de nieve y vaqueros que ya no ciñen caderas sino vientre y huesos, se levanta como tocada por un resorte. Viejos y jóvenes las contemplan. Frente a frente, las dos mujeres van alzando los brazos, la espalda curvada hacia atrás, la cabeza erguida, la media sonrisa de quien sabe lo que vale sin necesitar que nadie venga a decírselo, el juego de las muñecas y de cada uno de los dedos de las manos, y la copla que resuena detrás de ellas, burbujeante como el agua, como el vino, como la sangre que riega el corazón de la tierra negra, roja, amarilla, como el sudor nuestro de cada día que fertiliza campos y futuro.

*Cante grande, profundo,  
de gañanías...  
de besanas con bueyes  
y lentos días...  
Campiña cordobesa  
de oro y poesía...*

*corazón y garganta  
de Andalucía...*

Isidra coge de la cintura a la muchacha y con la nostalgia de un ayer que, al recordarlo, vuelve, concluye el canto de la pajarona:

*¡ Ay, Bujalance...!*

*¡ Ay, sur de España...!*

*Con don Juan Begué y Diego*

*a la guitarra... \**

En el horizonte, un sol que parece una moneda bruñida tiñe de oro y violeta el vientre de unos campos que van durmiéndose, meditabundos, en el atardecer...

*(Jana Niebla)*

\*Letra de Mario López.